

tales, deberémos condenar una infinidad de cristianos que viven como nosotros, y esto es duro; si son pecados veniales, no hay por qué acalorarse tanto, pues al fin ellos no quitan la gracia, ni se oponen al espíritu esencial del Cristianismo. ¿Qué nos responde? Queremos una decision; pero clara, pero terminante. — Ahí va la decision terminante y clara que quereis. Primero: todos esos actos que no son referibles á Dios, son cuando menos pecados veniales. Segundo: por razon de las circunstancias peligrosas que los acompañan, son casi siempre pecados mortales. Tercero: aunque cada acto singular no constituya siempre un pecado mortal, su continuacion conduce por una necesidad moral á gravísimos delitos. Harto lo sabeis vosotros por experiencia.

Concluyamos de una vez. El espíritu de Dios, que es espíritu de santidad é inocencia, no puede conciliarse con esas vidas sensuales, que las máximas del mundo inspiran: un corazon, pues, dividido entre Dios y el mundo, es un corazon perdido: *divisum est cor eorum, nunc interibunt*. Servicio de Dios y servicio del mundo, es un sistema imposible: *nemo potest duobus dominis servire*. No ser todo entero de Dios, es ser todo entero condenado: *qui non est mecum, contra me est*. Así lo enseña la fe, así lo demuestra la razon, así lo convence la experiencia. ¿Pues...? pues resolverse.

Ya creo, hijos míos, que esta mañana me habré ganado la fama de escrupuloso ó rigorista. ¿Y qué predicar es este? habrá pensado mas de uno de vosotros: esto es llenar la cabeza de escrúpulos y perturbar las conciencias. Bien sé que á los ojos débiles es enojosa la luz; pero si en los púlpitos no la hacemos brillar, ¿dónde la divisaréis? Si yo, vuestro párroco y pastor, no os digo la verdad limpia, ¿de quién esperarais oirla? ¿De ese mundo que os fascina y engaña? Si hoy

he puesto en claro las doctrinas que acabais de oír, es porque me intereso por vuestro bien, es porque quisiera veros á todos buenos en vida, justos en la muerte, y felices en la eternidad. Amen.

PLÁTICA VI.

INMENSIDAD DE DIOS. — EL PECADO EN SU PRESENCIA.

Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam? (*Psalm. cxxxviii, 7*).

Si bien el dogma de la *inmensidad* de Dios no está expresamente declarado en el primer artículo del Símbolo, sin embargo pertenece á él, y merece ser explicado con toda claridad y extension; porque una vez bien comprendido, puede ser el mejor freno para conteneros de pecar.

Dios, hijos, es *inmenso*; y esto quiere decir que él con su esencia está presente en todo lugar: en el cielo, en la tierra, y en los mas profundos abismos. Todo lo ocupa, todo lo llena de sí mismo, sin que por esto esté circunscrito en lugar alguno. Persuadido el real Profeta de esta inmensidad de Dios, le decia: *Quò ibo à spiritu tuo? et quò à facie tua fugiam?* ¿A dónde iré, Señor, para sustraerme de vuestro espíritu? ¿A dónde huiré para esconderme de vuestra presencia? Si subo al cielo, allí estais: si bajo al abismo, allí os encuentro: si me traslado al extremo del mar, allí siento los efectos de vuestra mano. Dije para mí mismo, tal vez las tinieblas de la noche serán un buen velo para esconderme de las miradas del Señor: *Dixi, forsitan tenebræ conculcabunt me*; mas

pronto conocí que en su presencia la noche mas oscura brilla como el dia mas claro, y que yo quedo igualmente descubierto á sus divinos ojos puesto entre tinieblas, que colocado en medio de la luz : *Nox sicut dies illuminabitur : sicut tenebræ ejus, et ita lumen ejus.*

Gran verdad, hijos míos, que bien meditada seria un freno poderosísimo para nunca pecar : pensar que Dios nos está siempre presente, que es testigo de vista de todo cuanto hacemos y pensamos. ¿Y quién tendria la audacia de pecar y ofenderle, si esto pensase? Expliquemos, pues, hoy detenidamente el dogma de la inmensidad de Dios, ó por mejor decirlo, despertemos la fe adormecida sobre esta importante verdad, y así finalmente conocerémos el gran desatino de quien comete el pecado.

No habréis ciertamente olvidado lo que respondíais en vuestra niñez cuando os preguntaban : ¿de qué modo está Dios en todo lugar? Está en todo lugar, decíais, por esencia, conservándonos y favoreciéndonos : está en todo lugar por presencia, viendo y presenciando cuanto hacemos : está en todo lugar por potencia, pudiendo castigarnos y perdernos.

En efecto es así : Dios está en todo lugar favoreciéndonos ; desde el cielo nos gobierna, en la tierra nos sostiene, por fuera nos dirige, por dentro nos conserva y anima. Miro el sol, y viéndole digo : aquí está mi Dios, ahí está conservándose ese hermoso astro que me alegra con su luz y me vivifica con su calor. Miro la tierra, y viéndola exclamo : aquí está mi Dios, ahí está conservándose este suelo que me alimenta con sus frutos. Siento el aire, y al momento digo : aquí

está mi Dios, ahí está conservándose este elemento que con su blandura me refresca y conserva la vida. Sea que entre en mí mismo, sea que vaya divagando por fuera, en todas partes descubro á mi Dios, y siempre dispuesto á favorecerme. Si duermo él me hace compañía, si trabajo él me ayuda, si salgo al campo me acompaña, si me quedo solo no me deja.

¡Oh amable compañía! ¡oh dulce presencia! ¡oh Dios de mi corazón! ¿Será posible, Dios mio, que hallándome yo siempre en vuestra dulce y benéfica presencia, viva insensible á tanto amor? Pluguiese al cielo, hijos míos, que nuestra ingratitud no pasase mas allá. Lo extraño, lo increíble es, que estando entre los brazos de este buen Dios, que cual madre nos regala en su seno, allí le ofendamos, allí le insultemos. Si hubiese un lugar en este mundo donde Dios no estuviese presente dando continuas pruebas de su amor, seria menos mal ir allá á pecar ; pero este lugar, hijos míos, es imposible hallarlo. Si le ofendeis en casa, habeis de ofenderle en medio de aquellos hijos y conveniencias que su bondad os ha dado, y todavía os conserva. Si le ofendeis en el campo, habeis de ofenderle á vista de aquellas posesiones y terrenos que él fecundiza y os hace fructificar. Si le ofendeis de dia, habeis de ofenderle delante de aquel sol que él enciende en el cielo para que os ilumine y os guie. Si le ofendeis de noche, habeis de ofenderle entre las tranquilas sombras que él esparce sobre la tierra para vuestro sueño y reposo. ¡Ah! á quien tiene valor para pecar contra un Padre tan tierno y benéfico, es menester advertirle que lleva una piedra por corazón.

Además Dios está en todo lugar por *presencia*, viendo y presenciando cuanto hacemos. No hay eclipses, no hay no-

che, no hay tinieblas que nos pongan á cubierto de sus miradas. Gran cosa, pues, lograste, hijo mio, cuando para ofender á Dios te escondiste en lugares secretos, cerraste las puertas y encargaste silencio á las mismas paredes; entonces te creiste seguro, y juzgando que nadie te miraba, dijiste como aquel insensato de la Escritura: las tinieblas me ocultan, las paredes me esconden, nadie observa lo que hago: *tenebrae circumdant me, et parietes cooperiunt me, nemò conspiciunt; quem vereor?* ¡Infeliz! ¿no advertias que estabas bajo las miradas de todo un Dios? ¿Y cómo puede ser que su presencia no te causara el rubor y vergüenza, que sin duda te hubiera producido la presencia de un hombre que te hubiese sorprendido en el delito?

Se cuenta del rey Antígono, que una vez oyó desde su palacio que los soldados de la guardia murmuraban de él. Levantóse al punto, y saliendo al balcon les dijo con gran calma: soldados, si quereis murmurar de vuestro Rey, idos un poco mas allá para que él no lo oiga. ¡Ah! carísimos pecadores, os diré yo tambien; ¿vosotros estais resueltos á cometer esa impureza, esa injusticia, ese pecado? bien: ¿no hay honor, no hay conciencia, no hay remordimiento que os contenga? bravo: pero al menos usad de alguna cortesía con vuestro Dios, alejaos un poco de él, retiraos á un lugar donde él no os vea ni os oiga. Buscad en este pueblo una casa, en esta casa un aposento, en este aposento un rincon donde Dios no esté presente; y si lo encontráis, andad, desgraciados, id allá á pecar: *Ibi pecca, ubi nescis Deum esse*, os dice san Agustin.

¿Habeis jamás reflexionado quién es este Dios á cuya vista os atreveis á pecar? Oidme, y lo aprenderéis. Si el demonio mas obstinado del infierno viese un solo instante á este Dios

que os mira cuando pecáis, á la vista de un ser tan puro, tan santo, se avergonzaria de su maldad, y se veria forzado á amarle con amor tan vehemente, que al punto de demonio malvado se convertiria en ardentísimo Serafin. Tanta es la hermosura, tanta la santidad y pureza de Dios. ¿Y delante de un Dios tan santo y puro cometes, cristiano, cometes acciones que te sabria mal las supiese el hombre mas despreciable de la tierra? Ó no tienes fe, ó has perdido el juicio.

Notad aquí, hijos míos, una cosa que puede ser os inspirará mas profundo respeto á la presencia de Dios, y es, que él se ocupa tanto de cada uno de nosotros en particular, nos mira tan atentamente en todo lugar y momento, como si en el cielo y en la tierra no hubiese mas que él y nosotros, como si no tuviese otro cuidado que mirarnos y observarnos. ¿Qué respeto no debe infundirnos esta mirada fija y continua de Dios, dirigida siempre sobre cada uno de nosotros, puesta siempre sobre nuestros pasos y acciones? Una persona de autoridad que escuche nuestros discursos, que observe nuestros modales, ¿qué comedimiento, qué circunspeccion no nos inspira? Y con todo esa persona con sus estudiadas observaciones ¿qué descubriría? Solo el exterior; no el corazón. Pero la mirada penetrante de Dios entra en nuestro espíritu y descubre hasta lo mas íntimo de nuestra intencion.

Él ve, ó satírico, que aquel discurso patético que haces del prójimo, no va dirigido, como parecia, á excitar la compasion, sino á poner á la vista de los otros sus faltas y flaquezas. Él ve, ó soberbio, que aquellas tus afectadas humillaciones no las haces con el fin de ser despreciado, sino para atraerte nuevas atenciones y mayores alabanzas. Él ve, ó rico, que las limosnas que envias á aquella familia pobre, no tienen por objeto sacarla de la miseria, sino facilitarte la pre-

sa de alguna inocente doncella. Pero yo voy á deciros alguna cosa mas. No solo Dios descubre en nosotros lo que los hombres no pueden descubrir, sino lo que quizás no conocemos nosotros mismos. Tú piensas, mujer, que aquel amor tuyo es tan santo como sagrada es la persona á quien lo diriges ; con todo Dios ve que es un amor todo carnal y sensible. Tú juzgas, ó superior, que las correcciones que das son siempre efectos de razon y de celo ; no obstante Dios sabe que las mas veces son desahogos de la cólera y del mal genio. Tú jurarías, cristiano, que las obras buenas que haces, las haces únicamente por Dios ; pero Dios conoce que son por seguir tu inclinacion, y complacerte á tí mismo. ¡Oh! ¡cuántas cosas ve Dios todas al revés de lo que nosotros nos las imaginamos! ¡cuántos pecados descubre en aquello que nos parecen virtudes!

Por último, hijos míos, Dios está en todo lugar por *potencia*, y esto quiere decir que su poder llega á donde quiera que huyais ; que en cualquier lugar que seais siempre estais á tiro de su arco, y no hay que pensar que yerre el golpe cuando quiera castigaros. Huid, escondeos, enterraos. ¿Qué lograis? nada : porque al poder de Dios no se escapa cosa alguna.

Entendiendo David que el rey Saul buscaba ocasion para matarle, el temeroso jóven abandona al punto su patria, huye al desierto, y errante y fugitivo pasa de monte en monte, no creyéndose seguro entre los matorrales mas espesos, ni sobre las peñas mas inaccesibles, ni dentro las cuevas mas oscuras. Si duerme, palpita ; si come, sospecha ; si habla, teme ; si anda, tiembla al ruido de sus mismos pasos. Ni de dia ni de noche sosiega su espíritu, porque siempre le parece ver aquella lanza fatal con que Saul habia intentado tras-

pasarle contra la pared. Y con todo Saul no podia cerrar todos los pasos al inocente David, no podia amurallar todas las fronteras de su reino, ni impedir que escapase al reino vecino.

Pero tú, pecador mio, que habiendo ofendido á Dios, sabes ya que le tienes por enemigo declarado, ¿dónde piensas guarecerte para escapar á los golpes de su furor? ¿dónde? ¿dónde? ¡Ah, Señor! dice David, que no hay escondrijo en este mundo que pueda ofrecerme seguridad. Si me elevo por los aires, *tu illic es*, allí estais Vos : si me oculto en los abismos de la tierra, *ades*, allí me sorprendéis : si huyo á la otra parte del mar, *illic tenebit me dextera tua*, allí me cogerá vuestra mano. Sí, sí, pecador ; en la ciudad y en el campo, en el trabajo y en el descanso, en público y en el retiro, *illic tenebit*, allí te cogerá la mano del Señor siempre que quiera castigarte ; en el dia mas claro y en la noche mas oscura, en la mesa y en el sueño, en el juego y en el pecado, *illic tenebit*... Huye, escóndete, entiérrate ; no hay esperanza para tí de librarte con la fuga. ¿Y no palpitas? ¿y no tiembblas?

¡Ah! hijos, consideraos siempre en la presencia de Dios como lo hacia David, quien asegura que siempre le parecia ver al Señor delante de sí : *Providebam Dominum in conspectu meo semper*. Sobre todo cuando os conozcais expuestos á cometer algun pecado, avivad la fe de esta presencia divina, y decid como la casta Susana, *melius est incidere in manus vestras, quàm peccare in conspectu Domini*. ¿Sabeis el caso? voy á referirlo por conclusion. Vióse la noble señora acometida un dia por dos jueces, quienes la amenazaron con una próxima y afrentosa muerte si no se prestaba á sus brutales deseos. Oido este terrible dilema, comenzó ella á discurrir de este modo : ¿Qué haré? si consiento soy rea, si no con-

siento soy muerta : si me conservo pura moriré inocente, si me rindo viviré sin honor. En este apuro acordóse de la amorosa presencia del Señor, y tocada hasta lo mas íntimo del espíritu de respeto y amor á tal presencia ; ea, responde, yo no me rindo ; si he de perder el honor y la vida, piérdanse en buena hora ; mas vale morir inocente, que pecar delante de Dios que me mira : *melius est incidere in manus vestras, quàm peccare in conspectu Domini*. Hacedlo así vosotros, y no habrá tentacion tan fuerte que pueda induciros á pecar. Amen.

PLÁTICA VII.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — DIOS PADRE DEL HOMBRE.

Tres sunt qui testimonium dant
in cælo, Pater, etc. (I Joan. v, 7).

Despues de haber dicho en el primer artículo del Símbolo *creo en Dios*, luego seguimos diciendo *Padre* : y esta palabra nos conduce naturalmente al misterio de la santísima Trinidad ; pues, como dice el Catecismo romano, este misterio adorable á la par que incomprendible nos viene indicado por el nombre *Padre* que aquí tributamos á Dios. Sí, fieles : aquel Dios que el otro dia vimos ser único y simplicísimo en su naturaleza, incluye tres personas entre sí distintas ; y aunque la primera no es la segunda, ni la segunda es la tercera, con todo estas tres personas no son sino una sola naturaleza, una sola esencia, un solo Dios.

Esta trinidad de las divinas Personas junta con la unidad de naturaleza, es cuanto hay de mas admirable, de mas estu-

pendo, de mas incomprendible en Dios. Este es el gran misterio que jamás hubiéramos llegado á descubrir, si no hubiese venido á manifestárnoslo la luz de la revelacion. Que Dios existe ; que es perfectísimo ; primer principio de todas las cosas é independiente de todo ; que este Dios es esencialmente único, eterno, inmutable... hasta aquí podemos llegar con nuestra luz natural ; pero que este Dios único y simplicísimo subsista en tres personas realmente distintas, sin que entre ellas haya ni superioridad, ni dependencia, ni desigualdad de tiempo, de dignidad, de perfeccion... este, repito, es el gran misterio que solo la fe nos ha podido descubrir.

Bien quisiera yo hablaros tambien hoy con la claridad que acostumbro y vosotros necesitais ; pero tratando de un misterio, y de un misterio tan alto como el presente, la claridad es imposible, fuerza es ser algo oscuro. Mas no por esto dejaré de hablaros de él á mi modo ; ya porque este misterio es el principalísimo entre todos los artículos de nuestra fe, ya porque todo cristiano debe estar suficientemente instruido en él, so pena de eterna condenacion. Os explicaré, pues, este misterio de la santísima Trinidad hasta el punto que os conviene entenderlo, dándoos en seguida alguna declaracion sobre los diferentes sentidos del nombre *Padre* que tributamos á Dios en el Símbolo.

Por mas que nuestro pobre entendimiento no alcance á comprender, cómo siendo Dios único y simplicísimo, subsiste en tres Personas entre sí distintas ; es cierto no obstante que así es, porque la fe nos lo dice claro. Dios, que no puede engañarnos, se ha dignado revelarnos esta verdad. ¿Qué otra prueba necesitamos para creerla? Jesucristo nos ha dicho por